

PASEO VIRTUAL CON JOSÉ CORREDOR-MATHEOS



Texto por: Matías Miguel Clemente
Poeta - <http://degradantetren.blogspot.com>

Paseo virtual por el Parque de Gasset en el que José Corredor-Matheos* hace de replicante de José Corredor-Matheos y yo hago de yo

Vas por la calle y un extraño te da un regalo y te dice que es para ti. La literatura abre un horizonte de expectativas, no se sabe en un primer momento si oscuras, espúreas o iluminadas. ¿Y una ciudad? ¿Crea un horizonte de expectativas? ¿Salimos a la calle como asimovianos ciborgs a por nuestra ración de urbanidad diaria? ¿o realmente cuando atravesamos la puerta de nuestra casa, cobertizo, cobacha, esperamos de manera irracional algo nuevo, algo sorprendente, un suceso, algo que nos hable de lo contingente o de lo necesario? ¿Un perro con un perro en la boca con un perro en la boca con un perro en boca y al final una explicación? ¿Una calle expresionista como en fresas salvajes? ¿Un dublinés convertido en mendiga kafkiana llamada Nawja que además de pedirte la hora te lleva por una puerta pequeña hacia un mundo extraño?

Me temo que cada día confiamos menos en la capacidad sorpresiva de la ciudad y de la gente que co-habita-co-habita-co-habitúa. Me imagino que si saliésemos a la calle pensando en la capacidad de sorpresa del animal-engendro que es la ciudad se nos resolverían muchas supuraciones de las que produce el tedio.

El otro día, que no hoy, y lo digo porque hoy es otro, me preparé para bajar a la calle, me puse un abrigo y unos guantes. Era de noche, y había decidido salir acompañado del replicante que

hace las veces de José Corredor-Matheos (otras veces me bajo con Kafka a tomar algo, con Ashbery a practicar inglés, con Gide a confesarle una atracción inversa, o qué carajo, seamos sinceros, a morderle los pechos a Clarice Linspector, para llegar a ese corazón salvaje que tiene...). Bajé a la calle y ahí estaba él. Tan silencio-aullido, tan zen, con la mirada tan zen, con el gesto tan zen, y con el espíritu tan zen, que parecía un árbol zen-tenario, cer-zen-ado por tanta sabiduría y tan con-zen-trado en cada uno de sus pensamientos que por un momento dudé si había quedado con él, o me lo había encontrado al bajar.

Dispuestos a andar entramos en el parque -no me gusta que me vean charlando con gente de tanta altura-. Sólo nos podían ver los atletas furibundos que quedan a esas horas soltando el humo de la oficina. Y empezamos a hablar sobre un tema que me había tenido entretenido unos días, sobre el artista y la ciudad.-Le pregunté si el artista debería tomar parte del diseño cultural de una ciudad, si creía que los poetas, pintores, músicos, perros y demás creadores debían implicarse de manera activa. Si debían involucrarse las manos y la cara con las convocatorias y los partidos, y las partidas, etc,etc,etc,etzen...

Cerró los ojos un par de veces, aguantando el paso, como si fuese determinante y absurdo dar zancadas con los ojos cerrados, y me dijo: